

¹ Bajo el seudónimo de “San-Val” y fechado el 30 de septiembre de 1876, este texto fue originalmente publicado en el diario *El Ferrocarril* de Santiago el 1° de octubre de 1876. Existe una segunda edición en *Chile. Relaciones Históricas. Colección de artículos y tradiciones sobre asuntos nacionales, Primera Serie, por B. Vicuña Mackenna*, Rafael Jover editor, Santiago, 1878. Una tercera en Guillermo Miranda Editor, Santiago, 1902; y todavía hay una cuarta edición de Cristián Gazmuri, Editorial Universitaria, Santiago, 1989. Lo hemos tomado de la primera edición, incluyendo las variaciones de la segunda. Hemos tenido a la vista las otras citadas. Las notas de Vicuña Mackenna figuran en llamadas integradas a nuestra numeración consecutiva y aparecen indicadas con la seña “N. del A.”. Agradecemos la transcripción a Víctor Sepúlveda.

² *La última cena de los girondinos*, 345 x 235 cm., óleo sobre tela, de Raimundo Monvoisin, se encuentra actualmente en la Pinacoteca del Palacio Cousiño de Santiago:



³ La dedicatoria no aparece en la primera edición, sino sólo a partir de la segunda.

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

Los girondinos chilenos¹ Reminiscencias intervivos

(*La última cena de los girondinos franceses, por Monvoisin*)²

A Marcial González³

I

La revolución francesa de 1848 tuvo en Chile un eco poderoso.

La que la había precedido en 1789, tan celebrada por la historia, había sido para nosotros, pobres colonos del Pacífico, sólo un lampo de luz en las tinieblas. Su gemela de medio siglo más tarde tuvo al contrario todas las afinidades de la luz y su irradiación. La habíamos visto venir, la estudiábamos, la comprendíamos, la admirábamos, nos asimilábamos a sus hombres por la enseñanza de ellos recibida, a sus acontecimientos por la prensa diaria, a sus aspiraciones por la república, que era la fraternidad a través de los mares y de las razas.

Así sucedió que la nueva de aquel cambio súbito pero profundo, el destronamiento de un rey, la caída de un ministro empecinado y soberbio, la elevación de los hombres que en cierta manera eran nuestros maestros por sus libros, la proclamación de la república hecha en paz completa

en medio del asombro de la Europa y la sacudida regeneradora que el desmoronamiento de aquel trono fue produciendo sucesivamente en todas las viejas y podridas monarquías del viejo mundo, en Alemania, en Austria, en Prusia, en Roma misma, causó en nuestro país una alegría universal. Pío IX, cuya residencia en Chile le había dado entre nosotros una especie de derecho de ciudadanía de amor, fulguraba la reforma desde lo alto del Vaticano, y su manto resplandeciente de pontífice cubría en este suelo tímido todas las osadías de aquella gran mudanza. Así la revolución europea era casi una revolución chilena.

II

Por su parte, el país y la sociedad estaban listos para aquel advenimiento. Había entonces juventud, si bien es cierto no había pueblo como no lo hay todavía. Pero aquella lo suplía todo. Era una generación ilustrada, laboriosa, susceptible de fe en las creencias y de aspiraciones altas en los hechos. Era la juventud que había recogido la herencia de Bello y de Mora, de Gorbea y de Sazié.

El gobierno no cerraba por su parte las compuertas del pensamiento y de la acción, sino que dejaba ancho paso a los raudales de la innovación. Entonces había un Presidente y a su lado había un Ministerio. Ese presidente se llamaba Bulnes y había sido el domador de Arauco, el pacificador de los Andes, el vencedor de Bolivia. Sus ministros se llamaban alternativamente Montt y Vial, Varas y Sanfuentes, Pérez y Aldunate, Irarrázaval y Rengifo, Tocornal y García Reyes, todos hombres de la escuela de Bello o de la escuela de Mora como inteligencias, de la escuela democrática de 1810 como principios. En ese tiempo, como hoy, el Instituto [Nacional] era un semillero, pero la Universidad [de Chile] no era todavía un cementerio ni la literatura patria un cadáver. Nacía al contrario la historia nacional, y alboradas lucientes iluminaban su cuna. Lastarria, Benavente, los Amunátegui, el presbítero Salas, Santa María, Tocornal, Concha y Toro, Sanfuentes, compaginaban esas hojas dispersas de una gran edad. La prensa mostraba ya vigor lozano, promesa de su robusta vida de más tarde. Espejo, Vallejos, Blanco Cuartín, Talavera, los tres Matta, Rafael Vial, Felipe Herrera, Eusebio Lillo, Ambrosio Montt, Francisco Marín y su ilustre hermana [Mercedes Marín], Pedro Gallo, Irisarri, Jacinto Chacón, Santiago Godoy, Santiago Lindsay, Víctor y Pío

Varas, Francisco, Carlos, Juan y Andrés Bello, Ramón Sotomayor, Francisco y Manuel Bilbao, los tres Blest, Marcial González, Diego Barros, José Antonio Torres, Paulino del Barrio, Juan Vicuña, Cristóbal Valdés, Salustio Cobo, el malogrado Ruiz Aldea, Ignacio Zenteno, don Pedro Godoy, que era ya un veterano de la espada y de la pluma, Isidoro Errazuriz que era sólo un niño (¡pero qué niño!), y en pos de éstos ya llegaban en hora temprana, pero lucidos los dos Arteaga Alemparte, Vicente Reyes, musa perezosa y espiritual, inimitable en el chiste, Balmaceda, Eduardo de la Barra, brillante en todo, Román Vial y tantos otros que no vienen de golpe al recuerdo porque escribimos sin otro libro que el de la memoria, todos historiadores, diaristas, poetas, críticos, polemistas, los más escritores serios de cierta nota, cada cual en su esfera. En pos de ellos se agrupaba una juventud ávida de saber, abierta al bien, tumultuosa a veces como en la *Academia de Leyes*, pero empapada siempre en el amor a la justicia y consagrada con tesón a la labor.

III

La sociedad misma se sentía como de suyo arrastrada a las emociones de una vida de novedad en cambios y encantos. Era la vez primera que el arte desplegaba sus alas de oro en nuestro cielo de zafir. Monvoisin había clavado al muro de un taller sus primeras telas. Cicarelli nos había traído en seguida su exquisita paleta meridional. Teresa Rossi cantaba desde antes como las sirenas de que habíamos oído hablar en la cuna, y la arrogante Clorinda Corradi (la Pantanelli) revelaba en los salones, poblados en esos años de bellezas que hoy reaparecen dando casta sombra a nuevas flores, los secretos del cielo y de sus ángeles. En todo se notaba un movimiento, una expansión, una vitalidad poderosa y brillante, como en esas alegres mañanas de la juventud y del estío en que se emprende en medio de alborozo y el bullicio de la casa, un viaje de placer. ¿A dónde íbamos? Nadie lo preguntaba. Divisábase en el horizonte la cruz del faro, y esto bastaba para que cada cual alistase animoso y confiado su barquilla para lanzarla a las olas. El entusiasmo flotaba en la brisa, sentíamos el ruido de sus alas en la ribera y el grito de todos era – ¡al mar! ¡al mar!

IV

Y hoy la arena cubierta de los naufragios de un cuarto de siglo... Pero por hoy hagamos historia, y prosigamos.

Volvemos en consecuencia a 1848, y nos lanzamos a la ancha y espumosa mar de los recuerdos intervivos...

V

La revolución que había dado en tierra con el trono de Luis Felipe el 24 de febrero de 1848 había sido el resultado, más que de la ciega obstinación de M. Guizot, su ministro de nueve años, del genio de un gran poeta, simple diputado. No hay un solo historiador o crítico moderno que no reconozca el hecho ya consagrado casi como un dogma que la aparición de *Los girondinos* de Lamartine⁴, a principios de 1847, fue el arranque, el ariete, la predestinación de los días de febrero. “La europa, dice Daniel Stern, sintió a su lectura ese estremecimiento peculiar que precede a los huracanes”.

Fue esa obra la rehabilitación por la lira, la poesía y el amor de una edad, que como un espectro horrible flotaba hasta entonces en la conciencia humana entre la sangre y las llamas de una hecatombe, incomprensible, la edad de 93. Lamartine hizo la luz en ese caos. Hizo más. Con la magia incomparable de su estilo, único en el presente siglo y por ventura en los que le precedieron, rodeó cada figura de una aureola resplandeciente: Aureola de amor, de genio, de castigo, de gloria, de dolor, no importa. Lo que su genio de escritor y de vate anhelaba, era que cada uno de aquellos hombres de 89 y 93, y los Girondinos con mayor suma de esplendor, desfilaran ante la historia, vestidos con sus túnicas de héroes y de mártires, de semidioses y de verdugos, a fin de que su memoria y hasta su sombra quedase esculpida en las tablas de la posteridad. La guillotina misma se transformó en sus manos, y dejó de ser un aparato de horror para ser un instrumento de estudio, de justicia y de glorificación. Por eso, vencido, triste e irritado en su vejez el ilustre Chautebriand decía en las últimas horas de su vida de legitimista irreconciliable: “M. de Lamartine ha dorado la guillotina”.

⁴ *Histoire des Girondins, par M. A. de Lamartine*. Tome Premier. Paris, Furne et Cie. – W. Coquebert Éditeurs, 1847.

VI

Por esto mismo aquella obra inmortal tuvo en Chile y especialmente en Santiago, una boga inmensa, cual no la ha tenido ni la tendrá probablemente libro alguno en lo venidero. Vendiose en seis onzas de oro (precio hoy de una biblioteca) el primer ejemplar, y en esa proporción las ediciones subsiguientes que llegaban unas en pos de otras y en todos los idiomas. Lamartine confesaba en 1849 que sus derechos de autor de aquella obra, le habían producido en un año dos millones y medio de francos, y los chilenos habían contribuido con algunos adarmes a formar aquella montaña de oro cuya cima era un sublime pensamiento – ila República!

Pero los chilenos se apasionan también de todo lo que compran, sobre todo si lo compran caro, libro, hacienda de riego, santo de Quito, llave de palco, cupón de renta, caballo reproductor, lo que sea. Y a parte de este imperio de la moda y del hábito, *Los Girondinos* hicieron por su solo espíritu y desde su primera aparición un efecto que no ha sobrepasado moda alguna en nuestra tierra. En otro sentido, eso era más o menos lo mismo que aconteció en todas partes. Todo se llamó entonces “a lo Girondino”, o “a lo Vergniaud”, o “a lo Barbaroux”, o “a lo Lamartine”, cada cual según su personaje favorito. Alejandro Dumas y Augusto Maquet compusieron en París el *Canto de los Girondinos* que en 1870 era la segunda Marsellesa de la Francia otra vez republicana:

“*Mourir pour la patrie!*”...

A parte de todo esto, entre nosotros la repercusión de aquel entusiasmo revolucionario vibró en los corazones con mayor intensidad, porque la circulación del libro fue coetánea con las noticias de la revolución que su espíritu y su elocuencia habían engendrado. La luz llegó junto con el estampido, el sople a la par con la creación. *Los Girondinos* pasó en consecuencia a ser un libro de profecías como los Evangelios y Lamartine irradió a nuestros ojos su gloria deslumbradora como si su figura hubiese sido la de un precursor. Lamartine, desde 1848 a 1858 fue un semi-Dios como Moisés. Pío IX se había aparecido a algunos como Dios mismo, aun antes de la Infalibilidad.

VII

Hemos adelantado ya que la atmósfera política, social y literaria de nuestro pueblo era por sí misma simpática al calor y al empuje que venía de fuera. La revolución de febrero nos sorprendió en uno de esos períodos en que la crisálida se agita dentro del espeso capullo en que vivimos como pueblo: era un período eleccionario.

El ministerio Vial había dado empuje y vida al sentimiento liberal del país. Siguiendo en otra dirección los pasos de Portales, el jefe de ese gabinete abrió desde temprano las puertas del foro público a la juventud. Y esa generación nacida al calor del estudio y de las primeras armas del diarismo y de la polémica, estimulada por la reciente reorganización de los estudios, por el rejuvenecimiento de la Universidad [de Chile], vieja otra vez y caduca hoy día, por las controversias de principios y de aspiraciones de que habían sido sucesivamente adalides. *El Siglo*, *El Crepúsculo* y *El Progreso*, publicaciones literarias, filosóficas y políticas completamente espontáneas, una de cuyas más atrevidas innovaciones había estado en el famoso jurado y triunfo público de Francisco Bilbao en 1844, esa generación, decíamos, entusiasta, seria y a la par brillante, laboriosa y batalladora, que enseñaba y aprendía a la vez, se lanzó a la lucha electoral con generoso ardor y vio sus esfuerzos coronados por una fácil victoria.

VIII

No tenemos para qué analizar en esta ocasión la manera cómo se hicieron las elecciones de Congreso y Municipio en marzo y en abril de 1849. Seguramente representáronse aquellas en la grotesca escena más o menos como todas las comedias a que asiste este manso y paciente pueblo de Chile, sin darse cuenta de que es él el que paga a la puerta, él el que trabaja en el proscenio y él el que es silbado al caer el telón, sin tomar en cuenta que aquellos mismos que lo silban son los que se sientan sobre sus fueros y su honra. Pero no ha muchos días recordábamos una gloriosa excepción de aquellas elecciones. El pueblo de Valparaíso había vencido por la primera vez al coloso invencible que aquí se llama Autoridad. – ¡Era David vencedor de Goliat!

IX

Mas sea como fuese, es un hecho positivo que por la primera vez en la historia parlamentaria de Chile abriéronse el 1° de junio de 1849 las puertas de la Cámara de Diputados, feudo antiguo de los sordo-mudos de todos los servilismos, a algunos espíritus independientes, a palabras libres, a conciencias juveniles y por tanto levantadas. Tocornal el triunfador de Valparaíso, Lastarria, García Reyes, Juan Bello, don Ignacio Víctor Eyzaguirre, Federico Errázuriz, el presbítero Taforó, Marcial González, Rafael Vial, se sentaron ese día en medio de una barra todavía más joven y más entusiasta que ellos y que los contemplaba con asombro y con desembozada simpatía. Otro tanto había sucedido en la renovación del Municipio, verdadera comuna política cuando alguna vez era libre, como lo fue en 1810, conjuración perpetua y dócil contra el pueblo cuando esclava y sumisa cual siempre.

Allí habían sido electos algunos de aquellos mismos jóvenes diputados, como Errázuriz y González, y salido directamente de los comicios algunos hombres resueltos como Pedro Ugarte, alma y genio tribunicios.

X

Acontecía todo esto en los mismos días en que se leía con mayor ardor las páginas tempestuosas de *Los girondinos*, seguidas aquellas de los boletines de la revolución de febrero, por lo mismo que se veía subir hacia lo más alto del firmamento los penachos de nubes opacas que la revolución venía empujando con sus aquilones. Por esto se dejaba el libro para ver la acción, y por esto la imagen de los valerosos tribunos de allende el mar se encarnaba sin violencia en aquellos rostros amigos que simbolizaban ideas y esperanzas de tanta novedad. Nunca desde 1810 había habido en Santiago un ayuntamiento más simpático a la ciudad, sin embargo que la ciudad no había hecho un solo edil. Los más populares de los regidores habían comprado sus varas de justicia como antaño, pero no habían pagado en oro sino en ideas.

La batalla por esto comenzó temprano en la Cámara de Diputados, y el 12 de junio, antes que se cumplieran dos semanas de labor parlamentaria, el ministerio Vial-Sanfuentes, que había dado

vida y forma a aquella asamblea era arrollado. El gabinete de transición Pérez – Tocornal – García Reyes le había sucedido.

XI

Si tratáramos en estas reminiscencias, que no son siquiera un cuadro político ni un cuadro de la situación, sino lo que su título simplemente dice –*Reminiscencias*, si tratáramos de trazar aquí afinidades de personas y de aspiraciones políticas determinadas, podríamos tal vez decir con buen criterio que el verdadero elemento *girondino* de la Cámara de 1849 era el que encarnaba el ministerio Pérez, y no el espíritu agitador y novelero que quedaba excluido del poder, no sólo porque aquél era un elemento moderador, sino porque buscaba una solución intermedia a la crisis en la candidatura a la presidencia de la república del general Aldunate. Bajo este punto de vista, Lastarria y los seis u ocho animosos jóvenes que se sentaban a su lado se sentaban propiamente en la *Montaña*.

Pero tal estudio analítico no es nuestro propósito ni podría serlo en un escrito del género que emprendemos. Tratamos sólo de ciertas contraposiciones del presente y del pasado, de ciertas reminiscencias útiles o curiosas, de ciertas evocaciones que puedan ser enseñanzas durables, o de esas simples impresiones de lícito deleite que comienzan y acaban con la lectura matinal de *El Ferrocarril* de cada día. Es moda en estos presentes tiempos colocar en los jardines ciertos globos de cristal esmaltado que reproducen el paisaje vecino con admirable fidelidad abarcando en la convexidad de un frágil vidrio una comarca entera con sus montañas, sus flores, su cielo, su ocaso, su oriente, su luz. Semejante a esa es nuestra empresa. Hemos suspendido a la sombra de los árboles de la paz y del silencio nuestra opaca memoria, y dejamos que los reflejos del pasado y de hoy, vengan a herirla en sus diversos prismas. Cada una de estas pobres páginas es uno de esos reflejos y no es nada más.

Proseguimos.

XII

El gabinete vencedor ciñose desde el primer día la armadura y acometió contra los bancos de la mayoría de tal manera que antes de una semana el publicista Lastarria, el más brillante y popular orador de su época, probaba la fuerza de aquella mayoría que le fue empero fiel sólo unas pocas horas (era mayoría fabricada en moldes de palacio, según más o menos lo son todas), haciendo rechazar por 31 votos contra 11 una indicación de aplazamiento de la reforma de la ley de imprenta propuesta por el ministerio Tocornal, al paso que su moción de abolición lisa y llana de esa ley era aprobada por treinta y siete votos contra cinco. Debemos agregar que había sido nombrado presidente de la Cámara, en representación de esos mismos intereses de la mayoría, el diputado Lira (don Santos) por treinta y tres votos. ¡Y extraña coincidencia! Treinta y tres había sido la mayoría de sufragios con que Guizot había abierto en diciembre de 1847 la Cámara que lo derribó. Desde el Calvario ese número ha sido fatídico como el número trece lo ha sido desde Judas... Pero los Judas de 1849 fueron sin embargo más de trece, y ya en 1850 *la minoría* estaba completamente liquidada, franca, libre, valerosa: el vientre se había vuelto corazón. Es a esa minoría a la que están consagradas estas hojas sueltas de mi memoria y de mi entusiasmo juvenil entonces, juvenil todavía.

XIII

En dos años de continua batalla, la Administración se había sobrepuesto al fin por completo a la Legislatura. El gobierno, es decir, el peso, había probado, como siempre, que su ley de gravedad supedita las leyes de ascensión que forman la dinámica del espíritu, esto es, el patriotismo, la justicia, la verdad, la virtud, el deber y la responsabilidad popular. Y esto de tal manera y tan aprisa que todas las soluciones de continuidad habían ido agrupándose hasta formar sólo un fondo sombrío y amenazante en el cuadro: el choque, es decir, la revolución, se veía venir.

XIV

Por una consecuencia lógica de esta situación, el grupo parlamentario de 1849, vencedor de un día, réprobo de dos años, se mantenía en lid abierta contra aquella situación. Había proclamado una candidatura fría hasta ser glacial, pero respetable y prestigiosa, la candidatura del vicepresidente del Senado don Ramón Errázuriz que a la sazón tenía 65 años. ¡Caso admirable! El gobierno de los fuertes y de los ancianos, proclamaba al presidente más joven que ha tenido la república y que había comenzado su carrera pública como inspector de un colegio. Los jóvenes del partido naciente del progreso habían proclamado a un anciano, ¡a un antiguo y probado conservador! Francisco Matta, espíritu voluble, pero alma sana y honrada, fue el primero en echar en cara a los innovadores de 1849 aquella inconsecuencia. Matta olvidaba sólo que en Chile las candidaturas populares no pueden ser jamás espontáneas, puesto que nunca se las recibe sino de guerra. Toda candidatura oficial, aun la más prestigiosa, tiene que ser un reto porque en sí mismo es una insolente usurpación. En consecuencia, y mientras dure y se exagere el sistema reinante, toda designación de candidatos no puede ser sino un duelo a muerte, en daño y deshonor de la república.

No por esto la contienda era menos violenta, preñada de pasiones, teñida de odios y atormentada de borrascas. La candidatura conservadora había sido aun en su primera hora un reto sin cuartel. Desde las tempranas sesiones de 1849 el presentimiento traía esculpido en todos los pechos esta palabra maldita –“¡Loncomilla!” ¿Por qué? Lo hemos ya dicho. Porque el país estaba apasionado, y toda candidatura apasionada nacida en su seno tenía forzosamente que ser candidatura de batalla contra la candidatura de fuerza y de victoria del poder.

XV

Y aquí ha llegado el momento preciso en que entra en su acción propia nuestro argumento, cobijado hasta esta página con el nombre al parecer indescifrable de *Los girondinos chilenos*.

Viva y extraña sorpresa causó a muchos saber hace pocos días que había existido un Robespierre en Chile, y el hecho es ahora ya familiar a todos. Pues de igual manera vamos a

⁵ (1) La *Sociedad de la Igualdad* se reunía antes del 19 de agosto en los salones y departamentos anexos de la Sociedad Filarmónica, hoy convertidos en almacenes y caballerizas en la casa del señor Rafael Larraín, calle de Monjitas [con calle San Antonio, esquina norponiente]. Después del suceso del 19 de agosto se inscribieron varios miles de socios, y entre estos uno de los primeros, don Ramón Errázuriz, candidato del partido liberal desde ese acto. Con este motivo el club fue trasladado a un teatro vasto pero en andamios que existía en la calle de Duarte [actual calle Lord Cochrane], donde se edificaron más adelante las casas llamadas de Avendaño, y que si nuestra memoria no nos engaña, era propiedad en esa época del regidor don Luis Ovalle, miembro importante del partido liberal. (N. del A.)

⁶ “Iba a la cabeza Francisco Bilbao con su traje favorito de verano, frac azul, de metales amarillos, ceñido al cuerpo, y pantalón blanco de lienzo esmeradamente planchado, (vestido de paz y de cielo como inocente paloma), y llevaba en sus manos con cierta unción apóstol, a manera de custodia de Corpus, un pequeño árbol de la libertad que podría tener dos cuartas de elevación, y que había sido trabajado de finísima y multicolor *mostacilla*, no sabemos en qué claustro o taller femenino de la capital” (Benjamín Vicuña Mackenna, *Historia de la jornada del 20 de abril de 1851*, Rafael Jover editor, Santiago de Chile, 1878, p. 206).

justificar nuestro epígrafe con un recuerdo completamente sencillo, cierto y casi casero de cosas que han pasado sólo ayer y que por lo tanto es posible recuerden todavía muchos hombres que aún no peinan canas. Las nuestras son ya testigos de muchos inviernos, pero intentaremos probar que no son canas del olvido.

XVI

Corría el mes de octubre de 1850. Las Cámaras acababan de cerrarse después de violentísimos debates, pálidamente conservados en los boletines y en la prensa de aquel tiempo. La agitación de los ánimos era intensa y voraz como las llamas su enojo. Se había intentado apagar el ardor de aquellos debates de la tribuna y del diarismo imponiendo silencio a garrotazos al club de la *Sociedad de la Igualdad* en la nefasta noche del 19 de agosto de 1850. Pero de aquella escena sangrienta el espíritu público se había levantado verdaderamente gigante. El local del club se hizo insuficiente en pocas horas después del atentado, y se llevó las sesiones a un teatro inconcluso pero espacioso en la calle de Duarte. (1)⁵ Allí cabían cada jueves y domingo cuatro o seis mil personas, a quienes Francisco Bilbao electrizaba con discursos majestuosos. Bilbao, simple escritor bíblico, a veces casi ininteligible como Lacunza, era un gran orador, era el gran orador popular de su tiempo, como Lastarria era la primera espada del parlamento. El club se había hecho ejército, el ejército era una amenaza, y si Santiago, donde el pueblo tiene número pero no tiene ni ha tenido jamás alma, hubiese sentido caer en su foco, que era aquel club famoso, una sola chispa, al grito de sus tribunos, el gobierno de la Moneda habría desaparecido en una de esas plácidas tardes de octubre, el mes de las flores, al ir o volver una de esas procesiones que llenaban la Alameda antes o después de las sesiones. Pero todo era bulto y bulla, y no había peligro verdadero porque Francisco Bilbao iba como un iluminado adelante de esas procesiones con un árbol de la libertad hecho de *mostacillas*. – ¡Digno emblema de sus secuaces como enseña de batalla! Barrère había dicho en la tribuna de la Convención de 93, al dar su voto por la muerte de Luis XVI: “El árbol de la libertad no se riega sino con sangre”. Aquel árbol de la sociedad chilena de 1850 había sido regado sólo con el agua sobrante del mate matutino de las monjas Claras, prolijos artífices de ese embeleco.⁶

XVII

Se hablaba empero a todas horas y en todas partes del *estado de sitio* que debía venir como el forzoso desenlace de todo lo que en Chile se ha llamado opinión pública y sus más legítimas manifestaciones. Entonces, como ahora, y por más que los legisladores hagan rodeos y aparatos de engaño hábil y profundo, esa declaración era obra exclusiva de la voluntad, o más bien, de la omnipotencia presidencial. Pero el general Bulnes que era un gran estadista en crudo, resistía, y he aquí todo el misterio de la tardanza. Si el presidente Bulnes lo hubiera querido, las horas se habrían anticipado una época, y la batalla de Loncomilla habría tenido lugar un año o dos años antes de su fecha, porque hay algo que no puede desviar ninguna omnipotencia y ese algo es la ley fatal de las cosas humanas. Los dictadores pueden, como los niños, jugar con los punteros del reloj, pero la hora ha de sonar, si es que no destrozan a balazos todo el mecanismo. Y aun así, la hora fugitiva va a resonar en otra campana, y a su eco se convocan los que están esperando eternamente la señal.

XVIII

Bajo el imperio de esta amenaza incesante, los diputados, los municipales, los escritores, los oradores y los simples igualitarios de 1849 tenían frecuentes reuniones, ya de día en la imprenta de *El Progreso*, situada entonces en la casa histórica que llevaba en esos años el número 32, cuyo eriazó ocupa hoy el centro del portal Mac-Clure, y de noche en la habitación del ex-ministro Vial, casa que hoy ha sido reedificada y lleva el número 64 en la calle de Huérfanos, entre las de Morandé y Teatinos.

XIX

Asistían a estas reuniones casi todos los jefes del partido liberal, llamado entonces por apodo *igualitario*. Pedro Ugarte, que había juzgado a los garroteros del 19 de agosto en su carácter de juez del crimen; Lastarria, el jefe parlamentario del partido; José Miguel Carrera, que debía de ser uno de

sus caudillos militares; los dos Bilbao, Francisco y Manuel, sus tribunos; Eusebio Lillo, su poeta; [Domingo] Santa María, su inspirador; Federico Errázuriz, su consejo; Francisco Marín, su honra-dez; Manuel Recabarren, su firmeza; Juan Bello, su brillo, y, por último, entre otros de menos nota como el que estos recuerdos compagina, Santiago Arcos, que pretendía ser la sombra de aquel club patriótico, empujándolo, por fantasía más que por propósito o intención vedada, a la revuelta tenebrosa de la capa y el puñal, “a la española”.

XX

Tenían lugar esas reuniones diarias en una de las piezas del patio que caía a la calle, a la derecha entrando, y solían durar desde las oraciones, hora del regreso del Tajamar, de la Alameda o del Puente de Palo, paseo fresco, de estío, favorito a la sazón del público, hasta pasada medianoche. Nadie presidía ni nadie imponía. Era un club democrático, a tal punto que pasaba como su único jefe un reconocido oficial de la independencia, pariente de la familia Vial llamado *Pistolita* desde 1811, en honor de una hazaña de pistoletazo que ejecutara en la plaza de Santiago el día de la revolución de Figueroa. Llamábase como su padre, Juan de Dios Vial, y tenía un empleo de guarda de cordillera, ocupación adecuada para el ejercicio de custodia de un club político que era siempre un volcán próximo a estallar. Conservaba en consecuencia aquel buen anciano las llaves del club, y de noche cerraba sobre las espaldas del último saliente la pesada puerta de la casa solariega.

Por lo demás, allí se comunicaba noticias, se discutía planes, se enviaba emisarios, se combinaba artículos para la prensa, discursos para los clubs, proclamas para el pueblo. Reinaba la universal convicción de un golpe de estado próximo, del cual nadie podía ni quería esquivarse. Verdad es que entonces se miraba un calabozo con la misma sangre fría con que hoy se contempla la poltrona de un juzgado de letras y un destierro a Magallanes parecía algo tan aceptable como un asiento en la tarima de las Cortes. La política disciplina a los hombres de buen temple como la guerra disciplina a los soldados. Al cabo de seis meses de campaña no hay ni reclutas, ni desertores, ni espías, ni merodeadores. Toda la canalla ha quedado a retaguardia, y en la primera fila se ven sólo frentes serenas y pechos enhiestos.

XXI

Una de las conversaciones favoritas de aquellas sesiones cotidianas era, a virtud de la analogía y similitud de los tiempos, la que sugería la lectura, cotidiana también, de *Los Girondinos* de Lamartine, de los hechos de aquellos preclaros hombres, su elocuencia, su patriotismo, sus errores, su triste y sublime sacrificio, su gloria póstuma, su irradiación lejana del genio y del patíbulo. Y fue entonces cuando comenzaron a aparecer en la escena íntima de la revolución en ciernes las figuras y los nombres de cada uno de aquellos Girondinos chilenos, cuya agrupación por individualidades y por escuelas se ha conservado intacta en nuestros fastos secretos.

Cada uno de aquellos afiliados había elegido por analogías, por asimilación, por simpatía, por presentimiento o por simple fantasía su bautizo revolucionario, o lo había recibido de buen grado de sus compañeros. Y como otras veces, no faltaba en esta ni ingenio ni carácter a aquellos vistosos disfraces de una situación grave y semejante. Los chilenos somos esencialmente copistas, especialmente cuando la copia no cuesta dinero: aquellas fes de bautismo revolucionarios se daban gratis cada noche, y aun con *yapa* de té y bizcochuelos...

XXII

Así, Lastarria había recibido con justicia y en propiedad el nombre del publicista y jefe de la Gironda, BRISSOT, cuyas ideas políticas había formado la encarnación de su partido, y cuyo talento de luchador le había puesto a su cabeza.

Con no menos acierto Francisco Bilbao era conocido sólo con el nombre del más ilustre de los oradores de la Gironda, VERGNIAUD, a quien Mirabeau, al morir lleno de juventud (42 años) en los primeros días de la revolución, había parecido dejar intacta la arena para que ejercitase su palabra y su gloria.

XXIII

Manuel Recabarren, íntimo amigo de Bilbao en esa época, había tomado el nombre de aquel hermoso y valiente mancebo marsellés, BARBAROUX, que había combatido con un fusil en la reja de las Tullerías para destronar a un rey, como Recabarren se batió más tarde contra el cuartel de artillería, sereno y esforzado como su tipo.

XXIV

Después de Brissot y de Vergniaud figuran entre los más notables de los Girondinos propiamente tales, es decir, de los diputados de Burdeos y su departamento, los jóvenes hermanos Ducos y Boyer-Fonfréde (hermanos políticos) a quienes Monvoisin representa en su cuadro de *la última cena* cambiando el postrero y estrecho abrazo de la vida, del patriotismo y del hogar. Ambos eran dos valerosos jóvenes bordeleses, llenos de vivacidad, de alegría y de entusiasmo, y no habían vivido sino 26 años el último y 28 el primero. Era más o menos la edad que tenían Juan Bello y Rafael Vial, condiscípulos ambos desde el aula de Cristo, y especialmente desde la clase doméstica en que el padre de aquél reunía en su propia casa a los más distinguidos de sus condiscípulos. Rafael Vial era FONFRÉDE y Juan Bello DUCOS. Mas por su espontaneidad, por su fuego y por su brillo, solían dar también al último el nombre del primer tribuno de la revolución francesa, de CAMILO DESMOULINS; si bien este último no había sido camarada de los Girondinos sino, al contrario, su involuntario inmolador.

El nombre de LOUVET, el impetuoso orador y romancero popular de la Gironda, llevábalo con bizarría Domingo Santa María, y por último habíase dado el nombre del alcalde PETHION a Marcial González, quien en su doble carácter de municipal y de diputado había hecho un lucido papel, como hombre de principios y como hombre de honradez política desde 1849.

XXV

Pero no se crea que la nomenclatura de los Girondinos chilenos terminaba con la lista de los diputados, de los oradores y de los mártires del partido francés. Lamartine había popularizado en su obra a todos los hombres conspicuos y a todos los grandes caracteres de la revolución del 89, a punto de que el espíritu generoso de su libro ha sido calificado apropiadamente por un crítico moderno (Pascal Duprat⁷) como “la reconciliación póstuma entre Vergniaud y Robespierre”. Así era que, empapados en la equidad de igual principio, los asistentes al club de la calle Huérfanos tomaban sus nombres de guerra a su albedrío, ora de la Montaña, ora de la Llanura, ora de la Gironda y aun de otros grupos intermedios de la revolución. En este sentido, por ejemplo, los Amunátegui, honrados pero cautelosos, habían dado un salto por encima de los bancos de la borrascosa Convención de 1793, y habíanse acomodado de buen grado con los apellidos y la noble fraternidad de aquellos tres ilustres hermanos que habían sido la templanza y el cuerdo patriotismo de la Asamblea constituyente, esos tres hermanos Lameth, que aunque nacidos en diferentes años (1756, 57 y 60) eran sólo tres gemelos. Miguel Luis era TEODORO LAMETH, Gregorio Víctor era CARLOS LAMETH. El tercer LAMETH (Alejandro Manuel) esperaba todavía en la antesala la orden fraternal de formar el grupo.

Los tres LAMETH de Francia, digámoslo de paso, habían tenido una existencia similarmente homogénea, pues habían militado juntos con Lafayette en la guerra de emancipación de los Estados Unidos. Los tres sabían con perfección y como hombres cultos, no sólo su lengua nativa, sino el inglés, gracias a sus viajes y a sus campañas. Más tarde, en los días del terror, para lo cual sus naturalezas habían sido labradas, emigraron a Alemania, cuya lengua también aprendieron, lo que tal vez no les atrajo ventajas de mayor entidad, pues si bien es cierto que Carlos V aseguraba “que un hombre era tantas veces hombre cuantas lenguas sabía”, creían sin duda aquellos austeros repúblicos que con dos lenguas basta y sobra, porque por muchas que hable un bachiller, no será nunca sino un solo bachiller, mientras Carlos V fue a la vez rey y emperador y todo lo que quiso...

⁷ Pascal Pierre Duprat (1815-1885), exiliado en Bélgica tras el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851 ejecutado por Luis Napoleón Bonaparte, fue fundador y director en Bruselas de *La Libre Recherche*, revista donde él mismo publica un artículo de reseña sobre *Iniciativa de la América*, una conferencia de Bilbao leída en París el 22 de junio de 1856, y donde Bilbao mismo había publicado dos artículos: “Movimiento social de los pueblos de la América meridional”, a fines de 1855, y “El Presidente Obando, su traición y su juicio”, a inicios de 1856. Desde 1881, Pascal Duprat fue Ministro Plenipotenciario de Francia en Chile.

XXVI

Como a los dos Amunátegui, moderados, tranquilos, estudiosos, tímidos tal vez, pero consecuentes y asiduos a toda tertulia de la tarde, habíaseles asignado nombres más sociales que políticos, así los padrinos del Club igualitario de la casa Vial-Formas, apartaron discretamente dignidades de la Iglesia para los dos sacerdotes que habían encontrado cabida en aquella asamblea liberal, cerrada hoy herméticamente a toda la tonsura y a la mitra en nombre de la libertad mirabolante de la época. En la Convención de 93 hubo diecinueve sacerdotes, pero los agitadores de Santiago, todos sinceros católicos, con la excepción de Francisco Bilbao y de Santiago Arcos, sólo pronunciaban el nombre del vicepresidente Eyzaguirre asociado al del abate de SIÉYES, el famoso vicario de Chartres, y el del diputado Taforó al del obispo GREGOIRE, convencional y filántropo. ¿Era aquella mitra un augurio?

XXVII

Pedro Ugarte, que no sólo era librepensador sino ascético devoto y creyente firme, había recibido el nombre de DANTON, y por cierto que, aparte del culto, no había bautizo mejor encontrado para aquella naturaleza enérgica, impetuosa y llena de recursos. De igual manera había dado el apellido de SAINT-JUST a Manuel Bilbao, por su notable semejanza con el hermoso triunviro francés, cuyos ojos azules y larga cabellera llevaba aquél con la expresión del alma, casi como un retrato. Eusebio Lillo, compañero de intimidad del menor de los Bilbao, como Manuel Recabarren lo era de Francisco, llevó con gloria el nombre de ROUGET DE LISLE, el inspirado autor de la *Marsellesa*, porque como éste fue soldado y fue poeta.

XXVIII

Padecemos hoy olvido, porque escribimos en el campo y sin apuntes ni consultas, sobre las designaciones mitológicas de algunos otros personajes de nuestra era revolucionaria, como Federico

Errázuriz, Manuel Guerrero, José Miguel Carrera y el general argentino don Bartolomé Mitre, simple diarista entonces, más tarde Presidente de la Confederación Argentina y que solía venir de Valparaíso a participar de aquellos coloquios que creaban la comunidad de las almas, precursora de la comunidad de los calabozos donde en breve debíamos reunirnos.

XXIX

Pero si esos reflejos de la memoria adolescente han palidecido en la lámina de los años, recordamos con perfecta viveza quiénes de nuestros amigos fueron elegidos para llenar en los salones revolucionarios los nombres entonces más abominados de la era del Terror.

No se creería hoy lo que vamos a contar. Pero no por eso es menos cierto que el heredero de MAXIMILIANO ROBESPIERRE, fue Francisco Marín, la más pura y benévola de aquellas almas, si bien (de boca) solía pronunciar aterradores fallos sobre las cabezas, fortunas y hasta lo más bello y querido del hogar de sus adversarios. Pero aquellos castigos duraban lo que dura la espuma que la ola azulada al estallar levanta; la placidez de la virtud y de la razón dominaban en seguida por entero aquella naturaleza buena por excelencia, a la que sólo faltó para su dicha y su complemento ese don dulce y terrible pero por lo mismo indispensable equilibrio de la vida de los seres humanos e inhumanos, y que Dios echó de menos en Adán al verle vagar solitario y rabioso en las selvas del Edén...

XXX

En cuanto a MARAT, las apariencias eran mucho más justificadas en el nombre que le cupo en suerte o que el mismo beneficiado por humorada eligió. Santiago Arcos llevaba alegremente su apodo, y sostenía que era muy cuerdo quien se lo había decretado, pues aunque nacido en la calle de Huérfanos de Santiago, y pared de por medio con el club, en que esto tenía lugar, nunca hablaba de la revolución chilena sino como un jacobino parisiense o como un carbonario italiano. ¡Pobre Santiago Arcos! Se sentía poseído de la rara vanidad del mal, y en el fondo era bueno, compasivo,

humano, y hasta filántropo a su manera. “¡Puñal... hijo, puñal!”, escribía desde California cuando llegó la hora de la dispersión a uno de los confidentes de Santiago, “y que la regeneración de Chile se escriba en el cuero de los pelucones...” (textual). Y sin embargo, lo único cierto de ese lenguaje es lo pintoresco, porque lo feroz era postizo, y él mismo sabía que así habían de entenderse. Veinte años más tarde (1871) volví a encontrarle en Nápoles, viejo ya, curado de aventuras, rico, conservador, achacoso y hasta pelucón en todo, menos en su manera de entender la muerte. Una cosa había habido por esto de fatídico en su nombre de guerra, porque se extinguió en un baño del Sena como Marat, su tipo de un día, o de un capricho.

XXXI

Hubo un momento en que Santiago Arcos tuvo un rival en su terrible nombre. Fue cuando, pálido, ensangrentado, con la cabeza cubierta de vendajes, trajeron los igualitarios en hombros a su casa, calle de Huérfanos, a Rafael Vial, herido cobardemente por los seides del *chanchero* en la noche del 19 de agosto. Las heridas fueron leves, pero el aspecto naturalmente teatral de la víctima y la enormidad del atentado, hizo recordar en aquellos días al derredor del lecho del enfermo el puñal de Carlota Corday... Por fortuna no fue así para “Rafael”, a quien entonces el picante Vallejos había comenzado a dar aquel nuevo nombre por el “Rafael” de Lamartine. Rafael Vial no se habría consolado jamás con morir a manos de Isidro Jara, *chanchero* y capitán de apaleadores. Pero por el puñal de una mujer, eso era otra cosa...

XXXII

Mas si faltó a la cabecera del “diputado-mártir” (así se le llamaba) y director de grupo de la Sociedad de la Igualdad la presencia heroica de Carlota ¿tuvieron los Girondinos de Santiago, como los de París, una Juana Roland cual aquella que diera a los últimos albergue, pasión y heroísmo hasta sucumbir con ellos? ¡Quién sabe! En el cuadro de Monvoisin de que en breve hemos de hablar

aparece una mujer cubierta con un velo y dando aliento con su actitud y su rostro a los que van a morir con ella y tal vez por ella... El velo es espeso, y sin embargo el ojo que conserva en la retina la imagen de las renombradas bellezas santiaguinas de aquellos días, puede columbrar todavía que aquella mujer no es una copia de ultramar, sino el retrato de una dulce y conocida matrona de la época. Sin divulgar los misterios del arte, ni hacer ofensa a la verdad de la historia, puede asegurarse que ella es una Mme. Roland chilena.

XXXIII

Tales eran los perfiles más marcados de los hombres que asistían a los clubs de Santiago en 1850 y 1851, y que prepararon por sí solos las terribles si bien inevitables jornadas que la historia recuerda ya tristemente con los nombres de “20 de Abril” y “Loncomilla”, el primer y último acto del drama más sangriento de nuestra era política. Aquellos caudillos, como los que habían tomado por modelo allende el tiempo y allende el mar, tenían sin dudas muchas flaquezas, y cometieron, a ejemplos de los últimos, la falta inmensa de decapitarse a sí propios, porque así como el voto de muerte de Vergniaud y de sus colegas en el proceso de Luis XVI fue un suicidio, porque fue un voto del egoísmo contra la conciencia, así el abandono de la candidatura civil del patriota Errázuriz y la proclamación del General Cruz, adalid empecinado de la antigua causa conservadora, fue un suicidio político para ese partido de dos años: falta inevitable de la situación más que crimen de la conciencia, pero cuyos resultados no tardaron en hacerse visibles. Aun triunfantes con Cruz a orillas del Maule, los Girondinos de Santiago habrían sucumbido después de las palmas y los cánticos de la victoria en las calles de su propia capital, porque en la campaña de 1851, el General Cruz sólo manifestaba admiración, simpatía y respeto verdadero y acentuado por los dos hombres que más de cerca inspiraban a su émulo y a su vencedor – por García Reyes y por Tocornal, el primero secretario general, y auditor de guerra el segundo del General Bulnes. El ministerio de estreno del caudillo penquista habría sido tal vez elegido entre los turbulentos parlamentarios de 1849, pero el segundo y eterno habría sido solicitado del campo de los vencidos. Tal es la indestructible corriente de la historia y la lógica de la razón humana, cartilla eternamente abierta delante de los que gobiernan, pero que

sólo descifran los que la miran de abajo, porque los otros cierran los ojos para no leerla sino cuando han vuelto a bajar... “Pilatos de la reyecía”, llamó el mismo Lamartine a sus héroes por aquel acto de cobardía política que abrió delante de sus pasos el camino del patíbulo. ¡Y el poeta tuvo en esta vez su justicia como Tácito⁸!

XXXIV

No pudo decirse sin embargo tamaña severidad de los copistas chilenos ni aplicarles menos aquello que el áspero Proudhon se atrevió a escribir como definición sobre los modelos que los últimos eligieron y que por la fiera energía de la frase no nos atrevemos a reproducir aquí sino en su texto original. (2)⁹

Muy lejos de ello. Llegada la hora del deber austero, después de la hora de la charla festiva, cada cual supo cumplirlo, y lo que interesa más vivamente en este parangón, que no es todo del acaso, es que entre esos hombres reinó la lealtad recíproca mientras fueron perseguidos. Su desbandamiento, sus celos y sus rivalidades comenzaron sólo en la prosperidad y el poder, desvanecimiento inherente a la flaqueza humana, que hace exclamar a Michelet, juzgando a los Girondinos de 93 y previendo la posibilidad de su triunfo en la jornada en que cayeron: *¡Et moi j'aurais aussi voté contre eux!* (3)¹⁰

XXXV

Fue también un curioso punto de contacto que favoreció el reparto de los viejos nombres revolucionarios entre los nóveles aprendices de aquende el mar, el que el punto de partida de unos y otros era idéntico: el foro en primera línea, en seguida el club, por último la tribuna.

Lastarria, Errázuriz, Santa María, Marcial González, Francisco Marín habían sido abogados como los Girondinos de Burdeos, y en seguida habían sido agitadores y convencionales como aquéllos.

⁸ La referencia a Tácito no aparece en la primera edición, sino a partir de la segunda.

⁹ (2) “Si les Girondins son les *femmelines* de la Révolution, Robespierre et ses hommes en sont les *castrats*”. (N. del A.) [“Si los girondinos son los *afeminados* de la Revolución, Robespierre y sus hombres son sus *castrados*”.]

¹⁰ (3) “Yo también habría votado contra ellos”. (N. del A.)

Dignos de esas etimologías que llegan sin esfuerzo a la pluma y no atajan su rapidez ni su espontaneidad es también la cuenta de los días que vivieron los verdaderos Girondinos en su rápida y por lo mismo gloriosa existencia. Sus historiadores y sus biógrafos han notado en efecto que de los 21 de aquellos que subieron al patíbulo el 30 de octubre de 1793, la mitad no había cumplido 26 años y sólo uno había vivido más de 40. Vergniaud y Pethion tenían en la hora de su caída sólo 34 años, pues ambos habían nacido en 1759, el primero en Limoges, el segundo en Chartres; Louvet contaba un año menos; Brissot 29; y Barbaroux, como Saint Just, había apenas cumplido 26 años cuando se quitó la vida (1794). No había ido más lejos que eso el correr de los años de nuestros Girondinos de ocasión.

Lastarria tenía en 1851 la edad exacta de Pethion y de Vergniaud (y como el último se llamaba *Victorino*), Santa María se acercaba ya a la edad de su seudónimo revolucionario (Louvet), y Francisco Bilbao y Manuel Recabarren podían parangonar sus días y su notable belleza física con la de Barbaroux. Pedro Ugarte había alcanzado en 1851 la edad exacta de Danton en el patíbulo (35 años) y, itenaz advertencia del destino y del presentimiento!, siempre dijo desde entonces en la intimidad que sólo esperaba el completo de la mitad de su siglo para morir... Esto nos lo había predicho en Lima en 1860. Nos lo repitió en esa ciudad, que era ya su residencia habitual, en 1865 y otra vez en 1866; y cuando la hora llegó vino a morir, como lo había anunciado tres veces en el destierro, en Santiago, la ciudad que más había amado y que más profundamente detestaba en sus horas de melancolía o de ponzoña, a los 50 años cabales de su vida tormentosa y varonil. Y decimos esto, porque en Pedro Ugarte había dos hombres enteramente diversos, el hombre de la bilis y el hombre de gran corazón. Como tal se apagó.

Cuando los amigos de Jorge Danton le aconsejaban abandonar la Francia y salvarse del patíbulo que le preparaba Roberpierre, el tribuno se negaba tenazmente y exclamaba: – “¡Huir! ¡Qué! ¿Se lleva acaso el polvo de la patria en el suelo de los zapatos?”. Por esto Pedro Ugarte, desterrado tres veces de Chile en el espacio de quince años, volvió siempre a su seno, y así el polvo de sus huesos descansará confundido eternamente con el polvo de su cuna.

El más viejo de aquella escuela era Francisco Marín, pues en 1851 frisaba en los 40 años, siendo todavía, como Palazuelos, un arrogante solterón. Había vivido en consecuencia más años que Robespierre hasta el patíbulo cuando le dieron su nombre de pila que íntimamente lleva

todavía entre los que lo aman. Y así resulta, para edificación de los incrédulos, que en vez de un solo Robespierre hemos tenido en Chile dos, y el último está vivo.

XXXVI

Todo esto no obstante, las ficciones de las épocas como sus realidades están llamadas a encontrar un desenlace, y éste llegaba serio y aun amenazante para los caudillos revolucionarios del partido liberal rejuvenecido de 1851.

XXXVII

Y esa hora sonó precisamente en los días que hemos elegido para introducir estos recuerdos, porque el 7 de noviembre de 1850 estalló en San Felipe un tumulto popular que trajo como resultado ineludible la declaración de *estado de sitio* que tanto se había presagiado, y que produjo un descalabro político más grave que esa cólera y ese pánico de una hora. Fue aquel el haber decidido por completo el ánimo todavía vacilante del general Bulnes hacia la candidatura Montt, que desde ese día comenzó a llamarse la “candidatura del orden”.

XXXVIII

Aquel motín de un pueblo generoso pero irreflexivo atrajo sobre los Girondinos de Santiago la primera dispersión, y en seguida, el *veinte de abril* consumó su ruina y abrió camino a su total desaparición de la escena política. Tuvo esto de común con la suerte de los Girondinos franceses el que aquéllos, como éstos, después de su primera proscripción, en junio de 1793, se retiraron al fondo de las provincias para llevar a todas partes el fuego de su patriotismo y de su desesperación. Aun me parece estar escuchando la palabra ardiente, entusiasta y fascinadora de Juan Bello en la noche que precedió

a la terrible batalla de abril, invitando a sus colegas del club-girondino de la calle de Huérfanos a buscar un asilo, que sería sólo una fragua de forjar espadas, en las provincias de Aconcagua, de Valparaíso y de Colchagua, en el caso en que el gobierno, como se temía entonces por minutos, se adelantara al pueblo en un golpe de Estado definitivo. Otros hablaban en esa noche del último parco festín y de la última sesión política, de ir a Copiapó, otros a Concepción y las fronteras que guarneceían al Carampangue y los cazadores a caballo. Había en la atmósfera de ese tiempo algo de terrible. Un gran temblor (abril 2) era el precursor y el anuncio. El 20 de abril fue, en verdad, sólo el sangriento encuentro de dos adversarios que se asechaban noche y día y que desde hacía seis meses dormían con sus pistolas bajo las almohadas. Por esto uno y otro se batieron a muerte y sin padrinos.

XXXIX

Cuadros, memorias y tragedias son éstas que pertenecen empero a otra página de estas reminiscencias de ayer, y que sin embargo es preciso ser ya viejo para contarlas como testigo. Y por esto ponemos punto a este episodio con la dispersión de aquel bando, ficticio sin duda en los nombres, pero que tenía en los caracteres y en las situaciones muchos lazos de afinidad con el partido político que ha inmortalizado el genio de un poeta. Al menos todo lo que nosotros contamos de los nuestros no es de inventiva sino de verdad personal y responsable. Y si bien es cierto que falta a nuestro cuadro el tinte sombrío del cadalso que conmueve y de la gloria que deslumbra, no por esto aquellos generosos imitadores de una noble tradición revolucionaria dejaron de estar en su puesto y de llenarlo entero, según la misión y empeño que a cada cual había cabido.

XL

Por ese camino Lastarria, Marcial González, Federico Errázuriz, Santiago Arcos y otros fueron desterrados al Perú en noviembre de 1850, para volver a inscribirse en las listas de proscripción mucho más numerosas y más duras de 1851. Juan Bello se hizo empuñar por los gendarmes sobre

la tumba del coronel Urriola, haciendo el apoteosis de los vencidos al día siguiente de su sacrificio en las calles de Santiago, y como Mitre, prisionero generoso y casi voluntario y junto con él, fue deportado, no obstante los grandes respetos que merecía al gobierno su ilustre padre y las lágrimas de su joven esposa, tipo acabado de hermosura y de gracia femeninas. “Camilo Desmoulin” había encontrado su “Lucila.”

Pedro Ugarte, alma de la escasa porción civil del levantamiento puramente militar del 20 de abril, encerrado en un buque cargado de *guano* pestilente, fue enviado a los puertos de Irlanda, sin que este castigo demasiado prolongado para un hombre de su constitución física y de su temple moral alcanzase a doblegar su altiva entereza. – Francisco Bilbao, Manuel Recabarren, Domingo Santa María, Rafael Vial y muchos otros buscaron en los asilos escondidos de la capital los medios de continuar sin tregua la lucha comenzada; los Amunátegui perdieron noblemente sus destinos que eran su pan, y Eusebio Lillo, cantor y soldado a la vez, fue a asentar plaza a los heroicos batallones de ciudadanos armados que se batieron por una causa sin ventura en el campo de Reyes, ultra-Maule. ¡Y cosa extraña en la historia pero natural en nuestra vida casera! Sólo el que había heredado el más terrible nombre de la revolución francesa, “Robespierre”, quedó tranquilo en su casa, llorando las desdichas de la patria en elocuentes folletos, que eran por entonces las teas apagadas de la libertad. Santiago Arcos emigró a California, después a Mendoza, después al Plata, después al Paraguay, donde fue soldado, y por último, a París, donde volvió a ser banquero, como su padre, creador en Chile del agio público y de los negocios no del Estado sino con el Estado y contra el Estado. La moda ha durado más de medio siglo (desde 1820); ¿pero no parece ya que ha de pasar en estos días?

XLI

Entretanto, la corriente fascinadora que en el espíritu público de Chile produjo la obra revolucionaria más acabada (no decimos lo más exacta) del presente siglo, no se detuvo en Chile, ni en Francia como en la Europa entera, en el campo de la política, y así como en París de las páginas de *Los Girondinos* nació el drama junto con las barricadas, la música junto con el canto inmortal (*Le chant du départ*), así en Santiago la pintura de la gran escuela revolucionaria se apoderó de uno

¹¹ (4) No tenemos seguridad perfecta de esta fecha; pero sí sabemos que Monvoisin trabajó esta tela cuando habitaba en la hacienda [Los Molles] de Marga-Marga, en la vecindad de Valparaíso, de donde venía a esta ciudad de cuando en cuando porque ahí tenía su taller. El cuadro fue comprado en 1856 por don Marcial González en cien onzas de oro y vendido después en el doble, junto con *El Aristodemo* (otro gran estudio de aquel pintor) al actual propietario de ambos y del *Pescador*, don Emeterio Goyenechea. El *Robespierre*, el *Alí Bajá* [y *Vasiliki*], la *Eloisa* [en el sepulcro de *Abelardo*] y la *Blanca de Beaulieu* pertenecen a su señora hermana, doña Isidora de Cousiño. Por esa misma época pintó Monvoisin sus otros dos grupos históricos. *La prisión de Caupolicán*, que tiene algunos detalles felices y otros completamente absurdos, y *La deposición de O'Higgins*. Aquel existe en Santiago y el último en Lima donde en 1860 le vimos malamente enrollado en una bodega. Felizmente hicimos sacar una fotografía a esta admirable tela, la que fue reproducida en un grabado que corre en el *Ostracismo de O'Higgins*. Y esos son, a nuestro saber al menos, todos los cuadros históricos que existen de Monvoisin en Chile. Su *Elisa Bravo* [en *cautiverio*] estaba en París en 1870. (N. del A.)

de sus más patéticos argumentos, y lo reprodujo. De aquí el conocido cuadro de Monvoisin que por nuestro título nos hemos visto forzados, al contrario de lo que hicimos en el juicio sobre la *Caída de Robespierre*, a tratar como la parte secundaria de este estudio.

La tela, por otra parte, se prestaba sólo a un análisis superficial y de segundo orden, porque si el ilustre artista, fatigado ya por los años, sucumbió a su propia concepción, simple reproducción de una inspiración escrita, a la cual por tanto faltaba el estudio, el localismo, la filosofía, los caracteres, el movimiento, el colorido propio, la vida en una palabra. Tiene la *Última cena* de los Girondinos cinco o seis figuras admirables y en todo dignas del autor del cuadro del 9 *Thermidor*, como la de Vergniaud, que contempla en su reloj su última hora, el abrazo fraternal de Ducos y de Fonfrède, la desaliñada pero expresiva y característica figura de Brissot con su cabeza atada en la forma que lo hacen todavía en la *capilla* los hombres que trasnochaban para morir, y por último la fiera y aristocrática cabeza de Gensonné, crispado de cólera y de orgullo, al escuchar su nombre en la lista de los elegidos del patíbulo que en ese momento lee el custodio de la prisión.

Pero fuera de esto y del dibujo, que es generalmente correcto en el grupo de los Girondinos, no así en el tropel de pueblo y de guardianes que asaltan la puerta, el cuadro pierde el encanto de las obras de arte, porque es un cuadro sin verdad.

XLII

Pintado en Chile en 1852-54 (4)¹¹ el cuadro de *Los Girondinos* no ostenta por consiguiente un solo retrato, y es apenas el traslado de dos páginas de Lamartine a una página mayor en lienzo. El cuadro es colosal y por lo mismo es inferior a la tela de Robespierre en que todo se concentra, palpita y habla. En este último, una escena en tumulto, una borrasca de un pueblo de suyo borrascoso copiado al natural sobre la historia. Aquél es apenas una alegoría reproducida sobre otra alegoría, y de aquí el escaso efecto que causa en la retina y en el alma del espectador.

Porque aun hasta se duda que la última cena de los Girondinos haya sido una realidad de la muerte y no una fábula de la poesía levantada por el numen en los fastos de la epopeya escrita. El convencional Riousse, que se hallaba detenido en la misma prisión con los Girondinos y en comunicación diaria con ellos, sólo cuenta que los últimos pasaron aquella noche entregados a cantos

patrióticos que duraron hasta el amanecer. Pero nada refiere del festín, de los brindis, del punch ardido que refleja sobre los rostros de los asistentes sus llamaras lívidas y azuladas. Ni menciona esto si quiera, y narra empero en sus *Memorias de un detenido* incidentes y detalles de mucho menor monta sobre los adioses y el suplicio de sus compañeros de cautividad en la *Conserjería*.

El propio Lamartine, que como poeta no es corto en licencias, no presenta por su parte en su libro sin notas y sin referencias (“por no embarazar el texto”...) otro testimonio para su creación que el del abate Lambert, de quien empero no habla ningún escritor contemporáneo, y aun del relato de aquel testigo, el historiador-poeta sólo afirma que una gran parte de sus detalles son *véridiques comme la conscience et fidèles comme la mémoire d’ un dernier ami*, lo que en sustancia no abona una sola verdad porque ¿cuántos millares de conciencias falsas existen entre los hombres para su *conciencia verídica*, y cuántas memorias del último amigo (inclusas las de los albaceas) han sido *infielles* especialmente después que el último amigo ya no existe?

XLIII

Pero aun siendo exacto el fondo de aquel drama fantástico de la medianoche, el artista se ha tomado, sobre las infinitas libertades de detalle del poeta todas las que su pincel necesitaba para agrupar su acción inverosímil. Así, la aparición de Mme. Roland en el último festín de los Girondinos es un anacronismo perfecto porque esa mujer superior y pura, inspiradora y amiga de los Girondinos pero no su camarada, no estaba aquella noche (29 de octubre de 1793) en la *Conserjería* sino en la *Abbaye*, prisión lejana. Mme. Roland fue transportada a la *Conserjería* sólo después del suplicio de los Girondinos y subió al cadalso diez días más tarde (9 de noviembre de 1793).

Por otra parte, bien sabido es que la guillotina estaba entonces establecida en permanencia en la plaza de la Revolución (hoy llamada de la *Concordia*, aunque la discordia de los franceses suba cada día de punto); y sin embargo, a fin de agrupar los actos del drama, el pintor hace aparecer los maderos y la cuchilla de aquella horrible máquina junto a la ventana de la izquierda por donde comienza a entrar la primera claridad del alba, otro falseamiento de la historia, pues los ejecutores de los Girondinos sólo penetraron en su calabozo a las diez de la mañana, siendo guillotinos a

la una en medio de una lluvia desecha. Y el lívido cadáver de Valazé, tendido en el suelo sobre una angarilla, mientras sus amigos y colegas liban las copas a la fraternidad del sepulcro y al alma inmortal ¿es un detalle feliz y armónico o un contraste demasiado teatral?

XLIV

Cierto es que Monvoisin no había hecho sino recoger en la punta de su rico pincel los detalles personales que había prodigado la imaginación, más rica aún, del gran vate moderno, y cierto es además que éste se acomodaba a todos los asuntos, situaciones, fisonomías, y hasta a los más recónditos pensamientos y mociones de sus héroes con un aplomo supremo. Lamartine habla en verdad del banquete de los Girondinos como si él hubiera sido uno de los convidados, brinda, canta y llora con ellos. Copia una por una todas las palabras de los adioses sublimes y de los majestuosos consuelos de Vergniaud, dirigidos a sus compañeros; repite los espirituales arranques de Ducos, como si lo estuviera oyendo; escucha los diálogos silenciosos entre Brissot y Lasource y hasta parece haber apercibido con inocente indiscreción cada uno de los pecados del clérigo Fauchet, confesándose en el calabozo con el abate Emery, itan minucioso es lo que cuenta de todos y cada uno!

Pero aun va todavía más lejos, porque el poeta pasea su mirada escrutadora dentro de cada una de aquellas frentes impasibles, interviene en lo más íntimo de aquellos corazones heroicos, y adivina y siente y cuenta lo que cada cual de ellos medita o padece. Así, el Girondino Carra, ya maduro y que había escrito algunos libros sobre la Valaquia y la Moldavia, reconstruía, en su pensamiento y en su prisión, al decir de su historiador, la carta de Europa; el abate Fauchet se golpeaba el pecho en señal de profundo arrepentimiento; Brissot pensaba en Dios; Sillery en el duque de Orleans, y por último Lasource, no pudiendo ya hacer otra cosa “iluminaba (son las palabras textuales del libro) con los fuegos de su ardiente imaginación los abismos de la anarquía”. (5)¹²

Y ni aun en esto se detiene el romancista encantador, que refiere las crueldades de la historia con la gracia exquisita de la fábula, porque con sus propias manos ciñe a cada una de las víctimas del Terror la mortaja de su gloria, ayuda a los ejecutores en su última faena de preparar los cuellos para la fatal cuchilla, y a la postre instala a cada cual primorosamente en su ataúd. – Igual o mayor ingenio

¹² (5) “Lasource éclairait des feux de son ardente imagination des gouffres de l’anarchie”. [*Histoire des*] Girondinos, pág. 711. (N. del A.)

habíamos visto nosotros desplegar en nuestra niñez a un fabricante de féretros mortuorios, que no era ni historiador ni poeta, porque tenía medidas en la pared fronteriza a su taller, por medio de rayas a la altura de la cabeza, todas las notabilidades de la ciudad, cuyo paso acechaba y marcaba con el lápiz, distinguiendo en las rayas los sexos. Por manera que cuando la pálida muerte venía a golpear los alcázares de los grandes, aquel infatigable enterrador en vida, nunca era tomado de improviso, y cada parroquiano, punto más, punto menos, era servido a su medida, como en la *Casa francesa...*

Así el genio suele embellecer y poetizar los descubrimientos más vulgares, y Lamartine midiendo la talla de cada uno de los Girondinos para ajustar a su altura el pedestal de su fama, plagia-ba sin saberlo al previsor ebanista santiaguino.

No. La obra de Lamartine no es una historia. Es una leyenda, es el canto, es la epopeya, y de aquí su universal prestigio porque lo que es más general en el linaje humano es su profunda credulidad, y al propio tiempo, su sumisión generosa a la grandeza de los seres sobresalientes. Por eso los antiguos inventaron los Titanes y los Dioses. “El libro de M. de Lamartine, ha dicho con justicia uno de sus críticos (Larousse, 1874), es la más irregular de todas las historias, pero al mismo tiempo el más interesante de todos los poemas”.

XLV

Ponemos aquí punto a nuestra tarea, si no a nuestros propósitos. Estamos como los Girondinos antes de la caída de la Reyecía en días de plena incertidumbre y de terribles problemas.

¡Esperemos por tanto! Y por lo que a nosotros toca, simples obreros ahora como antes, cogemos el manto humilde del antiguo peregrino, colgado durante cinco años al muro de fatigosos deberes. De nuevo, en el sosiego, volvemos a la vida corriente de los hombres de trabajo y en consecuencia firmamos con un nombre que hace aquella exacta fecha no era del todo desdeñado por nuestros compatriotas.

San-Val.

Santiago, septiembre 30 de 1876.